

The background of the cover is a photograph of a cornfield. The corn stalks are bathed in a warm, golden-orange light, suggesting a sunset or sunrise. In the foreground on the right side, a large ear of corn is shown in detail, its husk partially peeled back, revealing the golden kernels. The overall mood is serene and agricultural.

*Premios de relatos cortos*

*Los Monegros 2004*

**VI** Certamen  
de Relato  
Corto (2004)

**1.<sup>er</sup>** Premio

**Todos nosotros**

**Miguel Sánchez Robles**

Querido profesor de Ética:

Le escribo desde la buhardilla más enana del mundo esta carta de cerrar con saliva por si ya no lo veo más y para que sepa muchas cosas sobre mí que no me atrevo a contarle a nadie, porque mis padres y la gente mayor que conozco dicen: ¿ah, sí?, y dicen nada más que ¿ah, sí?, cuando les cuentas algo que sea complicado. Los padres en general no creen en las cosas complicadas. Los padres creen en que nos estemos callados y saquemos notazas y nos comamos la comida y nos tengan que gustar la mortadela y el yogur y esa ropa de color azul oscuro que nos compran siempre en las rebajas. Le he elegido a usted para esta carta que nos han mandado escribir como ejercicio de composición del taller de poesía de la parroquia porque es imperdonablemente guapo y se enfada con la Humanidad y con el mundo de una manera muy bonita y sincera, y también porque lo veo siempre tan preocupado por nosotros, por todos nosotros, por el Arón que dice de usted que es muy *libroso* y no hace nunca los ejercicios y por la Zintia que parece hermana de Rosy de Palma y se deja las pruebas escritas siempre en blanco y por Nacho Gutiérrez que tiene mucho estánding y es maricón a lo Boy George, sus padres son ricos, se peina a cazo, se pone pantalones grises llenos de bolsillos y siempre está mandando mensajes en clase con su móvil, y por Pepe Tudela, nadie hace el tonto mejor que Pepe Tudela cuando nos mira a todos con sus ojos de niño roto que odia la escuela y aprenderse las mitocondrias, Pepe Tudela enamorado de Verónica Aranda Casado y sacando doses veinticinco en los exámenes, y por el Gabi que le da la risa y nos cuenta el chiste de que tuvieron que echarle ocho puntos en el cerebro al Hombre Invisible. Ellos se lo pasan pipa, pero yo, después de sus clases, siempre siento como cuando la lluvia me deja en el corazón algo muy favorable a la tristeza, porque a mí siempre me duele un

poco cuando llueve los sábados, más que ningún día, cuando llueve los sábados y me da lástima de verle tan preocupado por todos nosotros. Don Ángel, cuando los profesores hablan en línea recta me da asco. Don David Gea, ese profesor calvo que elogia los dúplex y nos da las cosas masticáicas, es el que más en línea recta habla. Casi todos los profesores hablan del mismo modo y dicen lo mismo, vienen a decir una cosa que se parece demasiado a una raya de tinta china pintada con un tiralíneas sobre nuestras cabezas, una cosa que ya es triste y antigua, a lo mejor hace tiempo no lo fue, pero ya es triste y antigua. Sobre todo hay un puñado de profesoras de Literatura, Religión y Biología que son casi como la misma profesora, y aunque sean materias distintas son casi las mismas cosas lo que en el fondo vienen a decir. Una vez leí que Bukowski veía a Heminway como un individuo que practicaba ballet a escondidas, yo también les veo, yo también les veo un poco así a todos ustedes, no puedo evitarlo, les veo así y creo que muchos alumnos son rebeldes porque les ven también de esa manera. Por eso le voy a escribir esta carta de pegar con saliva de una manera que no sea en línea recta y en la que no haya ningún punto y aparte. Odio los puntos y aparte. Me cabrean los puntos y aparte. Empezaré diciendo que en mi calle la gente tiene una pobreza que da alegría ver. En mi calle se nota mucho cuando es domingo por la mañana y las mujeres hablan en las puertas y algunos hombres lavan los coches y sacan todas las esterillas y las ponen en las baldosas. Cuando es domingo por la mañana y primavera, como hoy, me asomo a la ventana y se ven perros y ancianos que están tomando el sol y muchachos pequeños que juegan con patinetes y con aros. Uno de esos ancianos siempre se cuenta los dedos de la mano. Se los pone muy cerca de los ojos y se los va contando uno por uno sin prisa, muy despacio. A mí también me gusta contármelos así. Antes de empezar a escribir esta carta me los he contado tres o cuatro veces así, ¡es tan bonito y fácil y sencillo! Mi madre está empezando a envejecer por los alrededores de los labios y mi padre, cuando viene de con el ca-

mión, se acuesta hasta la noche y tenemos que estar muy callados en casa. En mi habitación tengo un tarrito con agua del Nilo que me trajo mi prima Sonia, dice que da suerte. El otro día, don Ángel, buscando al jefe de Estudios para darle un papel que me ha dado mi médico del seguro, abrí la puerta de esa habitación del instituto en la que hay dos niños con síndrome de Down sentados alrededor de una estufa con un profesor despeinado que tiene cara de que le eche peste la boca, y me dio tristeza como cuando llueve los sábados y también me acordé de cuando usted nos estuvo hablando del existencialismo que tenían los maestros de escuela republicanos. Ustedes los profesores hablan a veces de cosas que son lindas, pero otras veces hablan con exageraciones globales y yo no me creo que sepan lo que pasa en el mundo de verdad. Ustedes saben cosas que han leído, pero no lo que realmente pasa en el mundo y ni siquiera se imaginan para qué nos ha inventado Dios. Ustedes creen que tienen un mensaje y nosotros no queremos mensaje, sino un montón de cosas divertidas. Hacer el mapa de las Galias o sabernos el nombre de frailes importantes, no lo queremos. Beber sidra y echarnos hilos rosa de espray aséptico, sí lo queremos; y también, yo, por lo menos yo, quiero escribir poesía y ser Tobías Wolf o Rosalía de Castro. Cómo me gusta esa película que ya nos ha puesto usted dos veces: “Vida de ese chico”. Una vez escribí que hay anestesia bajo los párpados del Papa. No sé. Escribí eso. Me salió esa cosa: Anestesia bajo los párpados del Papa. Lo estaba viendo por la televisión casi dormirse en su butacón blanco y me dio lástima y escribí eso. El Papa me recuerda a mi abuela que tiene un poco de alzhéimer y lleva apuntado en una libreta pequeña el tiempo de ebullición del huevo duro. Mi abuela que cuando me besa dice que huelo a tiza y me mira con ojos semisoñadores para decirme: Me gusta que huelas mucho a tiza, Elena. A lo mejor al Papa también le gustaría que yo oliera a tiza. Mi hermana mayor es auxiliar administrativo, trabaja con contrato en el Ayuntamiento y se cabrea de trabajar en un ayuntamiento sin OMIC. Lo dice en las comidas:

nuestro Ayuntamiento no tiene OMIC. Por lo visto no está bien que los ayuntamientos no tengan OMIC, aunque yo no sé qué es una OMIC. A mi hermana la tengo comparada con don Aitor que en sus clases de Lengua nos mete análisis sintáctico por un tubo y tampoco sé para lo que sirve el análisis sintáctico por un tubo. Si al menos me sirviera para poder escribir un libro muy gordo que quiero que se titule así: “Todos nosotros”. Ahora mismo, tengo la televisión encendida sin sonido, unas chicas bellísimas anuncian cocacola. ¡Qué felices son! ¡Cómo me gustaría también anunciar cocacola como Penélope Cruz y ser tan feliz como ella! A lo mejor nunca más voy a ir al instituto, don Ángel, porque me tienen que ingresar y ponerme una cosa que se llama quimioterapia para que se me quite una enfermedad que tengo dentro de la cabeza y que me produce mareos, vómitos y sangre negra, con lo que yo siempre he odiado los vómitos y la sangre negra. Dicen que se me va a caer el pelo, aunque, cuando me cure, me volverá a salir y mi madre me ha comprado ya en el mercado tres pañuelos de nailon para que me los vaya atando cuando casi no tenga cabello. Arón, que lo sabe porque somos vecinos y su madre viene mucho por las tardes a hablar con la mía, me ha regalado esta mañana su chapita lúdica con: “Voy de buen rollo”. Arón dice que don Cosme, el de Sociales, parece un megahervíboro, como está tan gordo y es tan pesado con los Reyes Católicos y con las fechas y los esquemas, siempre está con esquemas, aunque algunas veces nos dice cosas importantes como que un cuarenta y siete por ciento de la Humanidad posee tanto como el cero coma cero, cero, cero, cuatro por ciento de la misma o que Felipe II quería cerrar con cadenas el estrecho de Magallanes o que Luis XIV no se lavaba nunca y recibía visitas sentado en la taza del váter. También me gusta cuando el profesor de Ciencias Naturales nos explica cómo se originan los días y las noches. Mi hermana ha grabado esa canción del no cambié, no cambié, no cambié y siempre la tiene puesta. Ahora mismo la tiene puesta. Otra cosa que me gusta es cuando voy a misa y dicen eso del “verbo se hizo carne y habitó

entre nosotros”, y entonces cierro los ojos y digo en voz muy baja: gracias, señor, por el mundo y la vida y los pájaros y por todos nosotros. Me gusta siempre pensar en todos nosotros: los que vamos al instituto, mi familia, los que piden dinero por la calle, los que recogen la basura, los que toman droga, los panaderos, los dentistas, los dependientes de las tiendas, el viejo que se cuenta los dedos al sol, el Bari que se sabe los treinta y nueve satélites de Júpiter, la madrastra de Fran que si se saca un seis nada más en cualquier asignatura le pega una hostia, el Fran siempre estudiando, el Fran que tiene tanto acné y se parece al Joselito del Pequeño Ruiseñor con la visera de la gorra hacia atrás, el Fran que sabe escupir al bies y echa chorros de saliva en las pizarras, el Fran que le ha tocado sentarse en el pupitre de al lado, el Fran que sólo ve dibujos animados y tiene sobredosis del conejo Buss Booney y del Coyote y el Correcaminos, él mismo lo dice: tengo sobredosis cartoons network o como se escriba eso... El Fran, todos nosotros. Desde que estoy enferma pienso mucho más en todos nosotros, no pienso en mí, ni en mis vómitos, ni en mi sangre negra, pienso en todos nosotros, en que las personas nunca logramos huir de nada y somos un poco como esas aves que tienen buen aspecto disecadas, pienso en gente que lleva una vida increíblemente católica y en esa tos seca que tienen los conserjes de instituto, y en mi madre que sé que llora a escondidas por lo que a mí me pasa y en mi hermana que me mimaba tanto y en papá cuando se sienta a la mesa a comer y está a ratos ausente y a ratos demasiado simpático conmigo y en usted dándonos Ética de esa manera tan bonita y preocupada con la que nos habla, usted con su pantalón rojo y su camisa nueva más bien aviao que pa qué, como dice mi abuela: Nena, Elena, hija mía, hoy vas con tu ropa nueva más bien aviá que pa qué. ¿De dónde habrá sacado mi abuela esa palabra: aviá? Algunas veces también pienso que no puede ser que Dios exista y algunos curas sean gordos y fumen wiston y el profesor de Lengua sea tan poco brillante y viva de la tontería que nos mete con las faltas de ortografía y el análisis

sin-tác-ti-co por un tubo, lo dice así: Este trimestre os voy a meter análisis sin-tác-ti-co por un tubo. Como si no hubiera nada más importante que eso, como si eso fuera muy importante, importante-mente importante o algo así. Está en clase don Aitor y nos habla y su lenguaje grandilocuente suena a tebeo y es como si quisiera ser alguien de la televisión, y luego lo veo con su mujer comprando en las tiendas de embutido y fijándose mucho en el lustre de los salchichones y comprendo que él vive de las faltas de ortografía y del análisis sin-tác-ti-co por un tubo, pero lo que verdaderamente le importa es el lustre de los salchichones. No puede ser que Dios exista y todos nosotros no lleguemos a ser casi nunca felices y tengamos que estudiarnos a Camilo Benso de Cavour y padecer tumores en la cabeza con dieciséis años. Otras veces, cuando estoy muy aburrida y un poco melancólica y mi hermana pone muy fuerte no cambié, no cambié, no cambié, abro la caja metálica de las fotos de familia y rebusco entre ellas como una niña ciega que hurga entre las víboras. Miro las fotos y casi lloro por todos nosotros, por los que salimos en las fotografías y nos quedamos allí para siempre con esas sonrisas y esos rostros tan jóvenes, ¡tan jóvenes! Cuando estamos en las fotos nos parecemos tanto a esas formas preciosas que adoptan los grupos de los pájaros mientras vuelan. Entonces me pongo a escribir cosas sin línea recta. Escribo: ¿existen los muertos vivientes? ¿Todos los jóvenes tristes de Europa beben mucha ginebra Bombay azul perfumada? ¿Por qué estamos en el mundo solo una vez y no habremos de volver nunca más? Y también lo de la anestesia de los párpados del Papa. Una vez escribí un cuento sobre el infierno, pero era un infierno pequeñito, un infierno sin lumbres y sin diablos, un lugar lleno de televisores encendidos que retransmiten permanentemente partidos de fútbol y concursos de La OCA y análisis sin-tác-ti-co por un tubo. Sí, don Ángel, sí, desde que estoy enferma y me vienen estos mareos y los vómitos por las tardes, me dan pena muchas cosas, las fotos, los chicos de mi clase, mis padres, los dibujos animados, mi abuela, mis tíos, hasta esa gen-

te que se ve en las ilustraciones de los libros de texto y va tan bien peinada, la veo tan absurda y tan quieta que no puedo evitar sentir pena por ellos, sentir que las vidas que han llevado han sido tontas y ridículas, que todo lo que han podido hacer ha sido tan ridículo y tonto y absurdo, y sobre todo que todos los peinados que han llevado han sido tan... ¿cómo decirlo?, tristes, ortopédicos; y hasta de ustedes mismos, los profesores, me da pena. Ustedes, siempre clavando dardos fuera de la diana, ustedes, gente que quiere salvarnos, enseñarnos a arrodillarnos o algo así, y nos hablan mucho de Neruda y de toda esa gente tan tristemente peinada y muerta que hay escrita en los libros, ustedes que quieren que nos interese ser igual que Neruda y Newton y Leonardo Da Vinci, y a nosotros no nos interesa eso, ¿qué nos interesa? Ni yo misma lo sé. En Cuba hay un ministro, lo vi una vez en un documental, que se llama Ministro de Agricultura y Azúcar y tiene asesores de agricultura y azúcar, a mí me gustaría ser una asesora de eso y cometer muchos errores en mi vida. ¿Sabe por qué? Porque he leído en el taller de la parroquia ese poema de Borges que dice: “si volviera a vivir cometería más errores, más errores”. Cómo es posible que Borges dijese eso y ustedes, los profesores, nos pidan que no cometamos ninguno, que seamos como la sociedad desea que seamos, ustedes no se dan cuenta de que lo que quieren es incubar pollitos amarillos, y algunos de ustedes tratarían hasta de que la policía nos vigilase para obligarnos a leer un libro de lo que sea, pero un libro. Ustedes leían a lo mejor porque creían que los libros iban a traerles todas las respuestas, y ahora se dedican a repetirnos todo lo que han leído y a no darnos respuestas. En el fondo son un poco como mi padre cuando se tira media hora hablando con mi tío del contrato de sponsorización del Real Murcia, como si eso le afectase mucho a él y a mi pobre tío que trabaja en una fábrica de gorras y gana muy poco, como si eso sirviese para algo. Para mí eso no vale más y es menos importante que un caramelo de fresa que te pinta la lengua. Y al final ninguno de nosotros fundará una ciudad ni inventará el tornillo y

yo estoy sola en mi buhardilla más enana del mundo y siento un sueño que arde y un alma que se oxida y también siento que casi no existimos, que casi no existimos, y cierro los ojos y me dan ganas de nadar para adentro y no querer volver. Paro de escribir, entorno los ojos con una ternura que casi no puedo evitar, y pienso muy despacio en todos nosotros y en que pasado mañana empiezan a darme quimioterapia y en que se me va a caer el cabello, y en usted tan imperdonablemente guapo y en mi madre que llora cuando yo no la veo, y en la madrastra del Fran que le pega si no saca más de un seis, y en el Fran y en la Sehila y en todos nosotros, siempre en todos nosotros que somos como si fuéramos una sola cosa que no se debería morir nunca. Sí, pienso en todo eso a la vez, yo: Elena López Cárdenas, su alumna de primero de bachillerato que está escribiendo esta carta para el taller de poesía de la parroquia, yo, don Ángel, una muchacha con el pelo recogido en la nuca, que cierra de vez en cuando tranquilamente los ojos y siente ganas de abrazar la primavera contra el pecho y llorar por nosotros, por todos nosotros.

**2.º** Premio

## **La lluvia de Antístenes**

**Antonio Luis Vera Velasco**

*Entre el miedo a las armas  
las leyes no se pueden escuchar.*

(CICERÓN)

A don Cristóforo Gegúndez, mientras estira sus pasos con el tonillo de una desafinada orquestina de pueblo, le es indiferente que la mañana se contemple como una muchacha presumida en los escaparates de la calle. Ciertamente, a don Cristóforo le da igual que las mañanas se desperecen a veces con voluptuosidades de corista, y que un perfume a nardo barato, un aroma a colonia de granel para prostitutas sentimentales, se extienda como una leve llovizna por el acerado. Generalmente, a don Cristóforo solo le importa el tiempo; el tiempo que tarda desde su oficina hasta la pensión donde almuerza; ese movimiento medido de sus pasos sobre el asfalto que le lleva indefectiblemente, como un legajo impecable, saturado de requisitos burocráticos, a través de la acera cubierta de papeles rotos y hojillas arrugadas de propaganda política.

–Buenos días, don Cristóforo.

–Buenos días, doña Manuela.

Don Cristóforo se lleva la mano al sombrero, e inclina levemente el ala en una mínima cortesía de funcionario cumplidor si los días no son fríos. En cambio, cuando la lluvia cae, solamente gruñe, sin sacar las manos del abrigo. Y eso que doña Manuela no le cae especialmente antipática, aunque piense que en su quiosquito de prensa vende algunos periódicos y revistas, a su juicio, poco recomendables.

–Buenos días, don Cristóforo.

Y, si es la llovizna la que hace brillar el acerado, únicamente el silencio apresurado de un cuello levantado de abrigo y un sombrero echado sobre los ojos, aguantado por una mano huesuda frente al viento que se empeña en hacerlo volar, responden a sus palabras barnizadas de acaobada cortesía; palabras con ribetes de armario de cedro apollillado.

“Pobre, es el lumbago que lo está matando”, se dice entonces doña Manuela, frotándose sus manos en la tibieza de su puestecito, un poco dolida en el fondo porque piensa que otra gente también tiene los huesos enmohecidos y no por eso deja de ser amable. Doña Manuela ve el mundo como una inmensa bola que gira feliz cuando lo hace distinguidamente, e ignora que a don Cristóforo, cuando es el viento gélido el que rachea, despojando de gentes el camino a su oficina, se le entumece el alma con pensamientos congestionados y tristes, demasiado tristes incluso para detenerse en reflexionar en ellos un solo instante. Don Cristóforo reconoce que en esos días de lluvia se le endurecen las articulaciones de su cordialidad como si fuera jefe de sección y tuviese que defender su pequeño sobresueldo de quince pesetas, y es por eso que, tras el mismo almuerzo de todos los días, tras su misma rutina rodeada de rutina, al volver a su máquina de escribir, se detiene a comprar un periódico a doña Manuela. Don Cristóforo pide siempre *El Debate*, y doña Manuela, tras indicarle una vez más que no lo vende, siempre acaba apuntándole alguna recomendación, que reafirma con su mirada de vieja quiosquera gruñona.

—No sé cómo puede leer esos papelotes, don Cristóforo. Sólo hacen despotricar contra todo el mundo y vociferar como ese energúmeno que los radicales tienen de picalabia, ese baranda de Lerroux. Tanto hablar de reformas. ¡Tanto hablar de maravillosas reformas! Y mientras tanto qué está sucediendo en la tienda de la esquina, ¿eh? Pues nada, que el pan sube y sube sin parar y mi miserable pensión que no crece un ochavo... ¿De verdad no quiere mejor el *Informaciones*? ¡Ese sí que es, tenga la seguridad,

un buen periódico, nada exaltado y hecho por personas educadas y conscientes! ¡Sí, señor...! ¡Cuándo no estaba borracho, el *Informaciones* es el que leía mi marido, hasta que el pobre falleció! –acaba siempre algo exaltadamente, antes de lanzar un suspiro de añoranza desvaída, un suspiro de mujer satisfecha y conforme con su descansada viudedad.

Don Cristóforo se esfuerza en esas ocasiones y le regala un intento de sonrisa, dándole las gracias. En realidad don Cristóforo no lee ningún periódico, sino que, al solicitárselo a doña Manuela, busca serenar su espíritu de oficinista inflexible, su alma de escribiente intachable que se ha dejado arrastrar por el abatimiento. Don Cristóforo ve también el mundo a través de una ventana de rectitud y buenas maneras, y cree que las normas que rigen en su trabajo tienen que abarcar toda su vida; todas las vidas en definitiva. Sus buenos días a doña Manuela es la rúbrica oficial que le garantiza el no ser una sombra más de las que recorren presurosas la calle cada jornada; es el formulismo necesario que, de alguna manera, le enraíza al resto de la comunidad en su vida solitaria de burócrata solterón. Lo blanco es blanco y lo negro es negro; una póliza de treinta céntimos ha de acompañar al formulario doscientos catorce y el certificado de residencia ha de contar al menos con el aval de tres tenderos de garantía. Una cortesía siempre ha de devolverse para que la buena vecindad funcione, y la amistad entre los hombres ha de ser pulcra sinceridad infundida de decencia y respeto. Las normas sociales construyen la felicidad de los seres humanos y lo legal es justo... Y es con la tinta de este tampón con la que intenta sellar todos sus actos cotidianos. Y es este también el motivo por el que su mutismo, ante el saludo de doña Manuela, es igualmente una infracción a su código que inmediatamente ha de reparar y, por eso, le solicita un diario que jamás ha pensado leer.

Aunque, luego, nunca se siente mejor cuando pasa por delante de la confitería de doña Visi. Las cristaleras del escaparate le devuelven la imagen de unos ojos hundidos y unos pómulos de

traidor de opereta iguales a los de aquel personaje huidizo que viera en un teatrito callejero durante las navidades del treinta y uno. Y, si en esos momentos el aguacero descarga sobre la calle, lo que le descorazona aún más: entre los barquillos de chocolate y los pasteles de nata, los reflejos del cristal le dejan vislumbrar los destellos de una avara nariz aguileña que, para su tristeza, las voces wagnerianas de la tormenta parecen acusar apasionadamente de judía. Don Cristóforo piensa entonces si será que tendrá sangre judía en su delgaducho cuerpo o tal vez es que sea solamente que el frío le acurruca la sangre en la nariz. La sangre ya no es roja, sino cedista, agraria, radical o comunista, según dicen, y quizá se agolpe en algunas partes del hombre como un trombo fétido y moralmente depravado. Mientras la ciudad se agrisa hasta aborrasearse la faz, don Cristóforo piensa si será cierto lo que cuentan de que a veces se contagian los pecados de la sangre. A él, en una ocasión, le hicieron una transfusión, y quizá tuvieron que circuncidarle antes la sangre para salvarle la vida. Pero, ¿cómo saberlo? ¿Tal vez por su narizota de arameo avariento, que parece curvarse cada vez más con los años...? Quién sabe... Pudiera ocurrir que su nariz impregnase toda su alma, o tal vez sea únicamente que su alma reside en su nariz, y que los médicos, sin saberlo, lo arrancaran de las garras de la muerte solamente para hacerle purgar sus desaciertos con una nariz espiritualmente tarada, maquiavélicamente ahíta de sangre impura y ladina durante sus ruines y melancólicos días de lluvia. Es desalentador pero, cuando se le despierta su reumatismo, en el fondo se siente un poco judío. O por lo menos cargando sobre sus hombros con todas las abominaciones de un alma judía. O incluso cargando con los despojos de un alma anarquista, que viene a ser igual de perversa según su jefe de departamento. ¿Es que acaso él es tan diferente de un judeoanarquista?, se pregunta algunas veces. ¿Acaso él, el educado señor Cristóforo, no piensa en revoluciones al sentir la mirada castaña, tiernamente bovina de doña Manuela? ¿Es que no le pide *El Debate*, cuando no ignora que ella no lo vende? ¿Acaso

le ha dicho alguna vez a ella lo que piensa en realidad, que odia su cara redonda y blancuzca de vieja vaca gallega...? Acaso se ha atrevido a decirle que la necesita para sobrevivir, aunque le repela su olor de mujer rancia y blancucha...

A don Cristóforo le escuecen los días grises como si se le acuciaran sus instintos y oliera a hembra inalcanzable, y no sabe que lo que le ocurre es que se le sensibiliza el nervio tenso de su cinismo. Don Cristóforo cree verdaderamente que es su reumatismo el que le abotarga el alma, emborronándole la realidad con el sentimiento amargo del sarcasmo, y también don Cristóforo desconoce que un tal Antístenes, igual que él, ya buscaba la virtud absoluta por los empedrados de las callejuelas griegas y que no la encontró. Don Cristóforo ignora que Antístenes, muchos siglos antes, ya miraba mal a los febriles oradores defensores de las causas públicas cuando estos medraban demasiado, porque nunca le interesó la filosofía y sólo llegó a aprobar un curso de contabilidad, y que las arcadas agrias que le suben hasta la garganta, y el decaimiento de su esperanza, no son sino la herrumbre que le desprenden los clavos de su rigor moral, que se le están oxidando.

Don Cristóforo no intuye que los estertores, que atenazan a su adorada España, constituyen el moho sutil que lo pudre por dentro. “¡Cambio y lucha! ¡Muerte y valor!”, se grita en cualquier recodo, se vocea en cada esquina, en vibrantes gargantas varoniles, con los brazos en alto o los puños cerrados por la pasión. “¡Todo es poco por el Partido!”, y luego a tus órdenes... A tus órdenes, camarada, incluso para que me indiques la hora de hacer el amor, que indudablemente a los niños, aunque aún no hayan nacido, hay que ir preparándolos desde el útero para la revolución. Y la reforma agraria cada tres meses. Y el carbón que no nos debe faltar. Y pan y toros para todos los camaradas del pueblo. E incluso la jornada de ocho horas y el jornal de tres pesetas para todos los buenos escayolistas, aunque no tengan el carné del partido. ¡Vítore, orgullo y dignidad en cada corazón

patriota!, y ningún compañero sin cinco céntimos para un vaso de vino en los bolsillos. ¡Todos en pie! ¡Todos en pie!, y mi más cariñoso saludo para los soldados del trabajo. Está naciendo un nuevo hombre y Tina de Jarque que me enamora, que nos enamora a todos los cuarentones amantes de las canciones pizpiretas y los pechos abundantes y redonduzcos. Y Rafael Arcos que es muy gracioso cuando actúa en el Apolo, aunque no lo haya estipulado ningún decreto oficial. Y Nietzsche que no encandila a nadie, que siempre los madrileños prefirieron los chistes de *La Pipa de Oro*, y hasta Gil Robles, que dicen que es el único que sabe quién fue ese prusiano, opina en privado que ese tipejo, más que un filósofo, era solamente un miserable bigotudo, a ratos cerebralmente enclenque y un resentido por no haber tenido nunca un duro. Una medalla más para don Niceto, que se las merece todas, y ojalá todos los malos españoles decidan largarse como ese general que cuentan que anda de conspiraciones por tierras de fados, o quizá extremeñas, que la cosa no está muy clara del todo y hay dudas. “¡Dadme la presidencia! ¡Dadme la presidencia y salvaré a España!”, grita con ardor un mostacho canoso de prestidigitador y unos ojos de profeta. “¡Dadle la presidencia! ¡Dadle la presidencia!”, se corea por todos, conmovidos por esa sonrisa de vecino respetable con el que siempre se puede contar en las dificultades y esa mano de uñas perfectas, acariciadora de niños torerillos en el noticiario de la sesión de tarde del Palace Cinema. Niños torerillos preferentemente y niñas modositas con flores amarillas y rojas en el pelo, aunque en el cine se vean en blanco y negro, pero hay que tener en cuenta que Miguel Ligeró e Imperio Argentina, que gustan mucho más, también hacen sus gracietas en una noche perpetua de grises y nadie protesta por ello porque las películas, como la vida, tampoco son en color.

Pensamientos a trozos, certificados de autenticidad, los pechos rebosantes y colgones de doña Manuela y los ojazos de Estrellita Castro. El expediente del señor Gutiérrez, eternamente estancado en su resolución, y requisitos oficiales con un águila

estampada; o con un buitre inmenso disfrazado de águila, que a quién le puede interesar el comprobarlo si en definitiva se pueden comer lentejas todos los días. Su abrigo con diez años de lluvia y él que no puede comprar otro. Y los gallardetes de las chicas de la CEDA, que le gustan tanto como sus labios frescos e insoportablemente jóvenes. Y los carteles y panfletos arrastrados por el viento y que le dan a la ciudad un aire de eterno día de fiesta. Y sentimientos como gotas de una lluvia gruesa y embarrada, de una lluvia tan ocre como las boinas de los del POUM en un día sin sol. En definitiva sus sentimientos, que son también oscuros y reumáticos. “Unas malditas emociones que, incluso serían asmáticas, si me diera por padecer de asma...”, se murmura tristemente don Cristóforo, con su vocecilla aguda y una desabrida sonrisa. Y es que a don Cristóforo, cuando el olor a lluvia se le cuele por los cristales rotos de su espíritu, se le abarrotan el cuartito de su cerebro con pensamientos libres, hasta que no le caben más y se le desbordan por los ventanucos empañados de su alma.

Don Cristóforo, cuando vuelve a subir los escalones del edificio donde trabaja, siempre siente un escalofrío los días tormentosos. Y es que a don Cristóforo, como una estocada atravesada de Marcial Lalanda en una tarde infausta, la idea nebulosa de que la justicia es una amante de conveniencia, tan enojosamente almibarada como doña Manuela, se le clava en el cerebro. Y ese pensamiento volátil de que lo legal es simplemente eso, legalidad, al recapacitar en los últimos decretos que lee en el *Boletín Oficial*, aunque tiene el prurito de considerarse un buen hombre y un excelente oficial de contabilidad, sin que lo pueda evitar, los días de lluvia le reumatiza tétrica, angustiosamente el corazón...

**Premio Especial**  
**Monegros**

**Niña Luisa**

**Héctor García Barandiarán**

La conciencia pesa solo a quien la tiene y eso no es justicia porque, en consecuencia, aprieta más a quien menos lo merece. Pero lo peor es la duda, y si el escrúpulo coincide con el seso la incertidumbre muere y parimos la paz.

Su cara era muy redonda y blanca como la luna. Sus ojos tan claros que al mirar te asustan. Su cabello jamás lo vimos, cubierto con una funda de lana negra siempre como el resto de su vestidura. A la niña la llamaron Luisa, en el pueblo se la nombraba pero apenas la vieron fuera de casa. La escondieron sus padres y niña fue, aun cumplidos muchos años, para todos los vecinos hasta el día de su muerte. Pocas veces yo la vi siendo chico y la recuerdo, una niña ya arrugada, rechoncha y de luto eterno, recorriendo alguna calle, en invierno, por la noche, cuando todos se quedan en el fuego. Con su padre y a escondidas cruzaban entre sombras y en silencio. Nadie sabe dónde irían, qué hacían ni cuánto tiempo. Esa vida entre penumbras se repetía en sus días, haciendo crecer su cuerpo, su misterio y su leyenda.

En mi pueblo aún vivíamos del ganado, la madera y poca cosa de la tierra. Era yo muy niño, me recuerdo entre montañas persiguiendo lagartijas, espiando a las ardillas y acompañando a mi padre cuando sacaba a las ovejas. Poca gente en los entierros, aunque estuviera todo el pueblo subiendo al muerto a hombros desde la casa hacia el cerro donde está la iglesia vieja, que la otra no la hicieron hasta hace cuatro días, ya sin alguien para verla. No faltaba nunca nadie, algún enfermo, algún tullido, quien tuviese a su cuidado y la niña Luisa que, de negro, tenía entonces todo el pueblo para ella sola, para hacer lo que quisiera, sea lo que fuere lo que ella hiciera.

Yo, curioso, preguntaba y mi madre me decía que esa niña estaba enferma y a la pobre la tenían siempre en casa y con cui-

dados porque no fuera que en la calle la agarrase un resfriado, una insolación o la picadura de algún bicho raro. Pero muchas veces por la noche, sobre todo con el frío, me ponía en la ventana a observar el firmamento, cuando más brilla Centauro, con la luna nueva de invierno, y en la calle la veía con el viejo de su padre y a escondidas avanzando por lo oscuro. Otras veces esas sombras caminaban de regreso hacia su casa con una cesta llena de huevos, setas, plumas... cosas raras. Si la niña no salía no era por el miedo a resfriados, picaduras... Nada de eso. Algo extraño me ocultaban y eso a mí aún me da miedo.

Consultando a mis amigos las historias florecían, me parece que los oigo. Santiago, que si es un monstruo que se duerme por el día y en la noche resucita y nos come las ovejas. Marieta la conoce porque estuvo en la casa un día, de pequeña, con su madre, que es la prima del anciano. Para ella no es un monstruo, es solo una niña fea que no se mueve ni juega, está siempre temblando y riendo con la boca abierta. Nos contó que estaba gorda y solo miraba al fuego, que no atiende si la llaman, solo ríe, solo baila. Pero Jorge, que es mi primo, al ser mayor y con talento, lo que dice es que sus padres la tuvieron siendo viejos, que no supieron criarla y la tienen como al perro, con correa y a trancazos. Y nos dijo de Luisa, que recuerde, era niña de hace años, que de cría tiene poco pues calcula que por lo oído es mucho mayor que él.

Cuando yo estaba en la aldea me gustaba ver llover desde casa y a resguardo, la estación de aguas era larga en los valles de aquel tiempo. Gotitas caían poco a poco tocando, tintineando tejados. Después corriendo a casa y de un susurro a un sonido de ciclópeas sierras que las montañas arrasaran. Y si hay tormenta, como Thor con su martillo, retumbaba cada trueno, cuatro mil tambores del cielo. Cuando llegan esos fríos y las aguas, y los vientos... es mejor que te pille en casa y no en el monte, donde no hay refugio que valga y los rayos corren por el suelo.

A mi tío José Antonio le cayó una manta de agua yendo a cortar madera. A los dos días mis padres me llevaron para ver cómo estaba, lo encontramos en la cama sudando, rabiando como los bichos, con la respiración cortada, con el pecho como lleno de pájaros riendo, y esperando a que su jaula se abriera para siempre. Junto al fuego y bien caliente, con dos colchas por encima; estaba malo y mi primo lo veía, un hombre gigante, fuerte y fibroso, con las manos más potentes que he visto en mi vida ejercitando un redoble mortal.

Esa noche nos quedamos por hacerles compañía, para que no cenaran solos. Todos fuimos a la cocina menos José Antonio y mi tía que, en la habitación, le daba un caldo por ver si mejoraba. La mujer salió llorando y mi padre le dio un abrazo, yo no sé lo que decían pero callé todo ese rato. Se sentaron los tres mayores y quedamos los primos a un lado, entonces se dieron cuenta de que en el cuarto se habían quedado la sopera y los cubiertos. Me mandaron a buscarla y aún hoy se me eriza el vello de pensar en la impresión, del terror que sentí en ese momento. En el cuarto, con mi tío...

Hay veces que a la muerte le gusta ir arrancado la vida con las uñas. Al leñador cada arañazo le escocía, le hacía huella. Entonces se retorció y se quejaba como las bestias. Eso a mí me horrorizaba, sus quejidos me dolían. Caminaba poco a poco hacia la vajilla perdida. La pena, el sonido de matabía, hinchó algo en mi pecho que subió por las mejillas y me explotó en ojos. Cada vez más despacio... eché a llorar. Entonces pasé por su cara y él se me quedó mirando, conociendo cómo era él de noble comprendí que más aún que sus pinchazos ahora lo que le dolía era la vergüenza y la culpa por ser quien amedrentaba a ese niño tan pequeño, al hijillo de su hermano.

Eléctrico fue el suspiro que recorrió como una chispa cada vértebra de mi esqueleto, tan tierno, tan infantil y tan pequeño. Me convirtió en marioneta, sin autoridad sobre mi cuerpo. Rea-

lizando la actividad que se me había encomendado, anestesiado por la emoción, todavía me faltaba recibir el último choque en esa noche de diablos... todavía el terror.

Apareció en la habitación, como la luna llena en la noche, como un faro que se enciende en la oscuridad del horizonte; brilló el demonio que nadie había invocado. Mis ojos se golpearon con la imagen de mis miedos, el rostro más horrible que persona alguna haya encontrado en sus peores pesadillas. Tras el cristal de la ventana, una cara redonda y blanca como la nieve me agredía con su mirada de anilina perdida en agua, de un celeste tan claro y apagado, tan muerto como la fuerza que animaba su inexpressión, aunque el horror que me insuflara viniera del mismo infierno, lo sé. Y sin embargo, la niña mostraba sus dientes irregulares y relucientes en una mueca esperpéntica que tal vez quiso ser sonrisa.

Han pasado mucho años y aun hoy se me oscurece el sentido al recordar la noche del terror en la casa de mis tíos. La última noche, fue al mediodía cuando el silencio se impuso a los estertores en el hogar del leñador. Porque allí y entonces siempre hubo dinero para llamar al veterinario, pero jamás para pagar al médico.

Todos estaban en su casa el día del entierro, todos los que siempre estaban en todos los entierros. Recuerdo que no pude entrar porque estaba lleno de gente, esperé en la calle y paseé rodeando la morada. Casi sin darme cuenta había llegado junto a aquella ventana, justo donde vi a la niña Luisa. Durante un segundo lo recordé, me espeluzné e instintivamente comencé el acto reflejo de la huida. Ya había girado todo el cuerpo, pero en la retina conservaba algo que me había llamado la atención y mi cabeza volteada, no queriendo que marchara, quedó mirando ese rincón. Planté los pies en el suelo y escruté con cuidado la escena. Había allí algo raro, un extraño objeto oscuro en el alféizar. Me detuve a examinarlo y lo toqué, eran unas negras plumas, irisadas, todas mezcladas y adheridas a la obra por un pegote de cerón. Por el

momento, aquello solo fue objeto de efímera curiosidad, no le di la importancia que sospecho que tenía.

Esa imagen de la niña, de la sucia, se repite en mi cabeza. Desde siempre he sabido, y mi razón me aconseja, que Luisa solo debe ser objeto de compasión. Pero mi adentro se impone a todo, no es excusa, me avergüenzo de ello. La idea de su cara me enerva como un trago de vinagre, es la repulsión, la hostilidad. Por la noche, en el lecho, preparo preludios del sueño en los que imagino su cuerpo fofo, flácido y feo, la veo con toda claridad y el álveo de mis pensamientos discurre siempre directo hacia la violencia. La mataría, es un propósito que me ensucia viciosamente pero que sosiega mi espíritu.

Fue tiempo después, con la muerte de mi tío ya alejada pero todavía en días de lluvia. Yo jugaba por las calles con mi amiga Marieta, persiguiendo un gato claro con los pelos erizados, llegamos al callejón que daba al corral de sus padres. Era un pasaje estrecho que separaba su casa un poco de la de Luisa y su familia. El animal, sucio y con una oreja caída, se había encaramado a una higuera vieja huyendo de nosotros. Le lancé, para derribarlo, una piedra a la cabeza y mi amiga se enfadó pues podía romper el vidrio de la habitación de su ascendiente. Me puse debajo a mirarlo y al alzar los ojos descubrí otro extraño parche negro estampado en la pared justo detrás del felino, debajo de la ventana.

La extraña mancha estaba demasiado alta para examinarla, podría haber subido, como el gato, por la higuera, pero no quería que mi compañera me preguntase por el tema. Mientras el micho bufaba y se erizaba, disimulé, preferí regresar en otro momento para no tener que explicar nada y no enfrentarme con él. Pero en las sucesivas veces que lo intenté en solitario pude verificar la imposibilidad de trepar hasta una altura suficiente y colocar las plumas en la pared. Las ramas eran delgadas para soportar el peso de una persona. El misterio de las marcas azabache crecía a cada momento, ¿qué serían? No había podido

colocarlas nadie... Tal vez un animal ligero, quizá un monstruo que volara.

La curiosidad infantil plantea estos entretenimientos, mas el juego se convirtió en macabro dos días después cuando me enteré del hecho. Me contaron que al padre de Marieta lo confundieron en el bosque con un jabalí, y que unos furtivos, cazando, habían atravesado su pecho con una posta. Por lo visto el hombre perdió el equilibrio, golpeándose cada miembro, astillándose cada hueso, cayó como pelele por una escarpadura. Dicen que nada, salvo rescatar su cuerpo, pudieron hacer por él los cazadores, que no huyeron.

Por qué la muerte marcaba con señales cada casa, quién pegaba esas negreces, por qué nunca dije nada... Teodoro de casa el Tuerto, Javierín de Nicolasa y una hermana de mi abuela fallecieron ese invierno. Y yo a escondidas visitaba, cada día que hubo entierro, la casa donde vivieron, por ver si me encontraba esas plastas de cera. Y la mancha no faltaba en ninguno, siempre junto a la ventana y bien pegada al muro.

Es asco, creo que sí. En mi interior la culpa a ella y en sueños la torturo. Jamás he sido un hombre violento, pero es tenebroso que siempre con respecto a la cerda esa mis deseos serían irrealizables por frenos de cualquier moral. Cuando escapo de las tinieblas la moderación me guía en todo, ante cualquier ofensa busco siempre motivos y disculpas que desvanecen todo rastro de inquina.

Por fin llegó la primavera al valle, menos fríos, más horas de sol y más lluvias otra vez. Era el tiempo de jugar por las tardes en la calle, de correr con los amigos y de encontrar más animales. Por la noche, lo recuerdo, me acercaba a ver el cielo desde dentro, en la ventana. Una vez que no llovía dejé la cena en el plato y pegué la cara al cristal de mi cuarto para mirar las estrellas. Vi callejeando dos bultos oscuros, caminando como gorilas que pisaran en el barro balanceaban su cuerpo a cada paso. Al pasar por abajo pararon, la gorda se giró como sabiendo que la espia-

ba. Y miró con esa cara que aquel día me asustó, me buscó con esos ojos tan aguados y la mueca de sus labios. Vi entonces que su padre la cogía por un brazo y la hacía ir deprisa, parecía que tuvieran alguna faena pendiente, se marcharon con urgencia.

Esa noche no dormí, le di vueltas a lo de siempre. Si nunca nadie la veía, no sé por qué esa niña me buscaba siempre a mí. Que si es un monstruo que se duerme por el día y en la noche resucita y nos come las ovejas, que si es una bruja o un animal que vuela... ¿Tendrían algo que ver esas plumas con la cera y la extraña vecina que me asustaba tan profundo?

Por si acaso monté guardia. Como, en las sombras, divisé el peligro rondando revisé por la mañana cada esquina de mi casa para ver si estaba limpia del cálamo negro con el que se escribían los óbitos de aquel pueblo. Revisando las paredes me encontré a ese gato feo de los pelos hacia arriba. Caminaba tranquilo, etéreo, abanicando grácil y despacio con su rabo avanzó. También por seguir el juego anduve yo tras sus pasos, él se detuvo en una esquina y subió a la ventana de un salto. Cuando yo iba a cogerlo él irguió su mirada, yo repetí su tendencia y allí vi el estigma soldado a mi hogar.

En uno de los marcos de madera que tenían las ventanas de mi casa, justo en la de mis padres, estaba pegada la rúbrica infernal. Cuando encontré ese excremento muchas cosas hirvieron efervescentes en mi cabeza. Grité y apreté los puños, pensé desquitarme con el felino, pero no se había quedado a esperar mi ira. Soy incapaz de determinar si hice bien o mal pero eso no me importa pues entonces actué movido por cualquier impulso excepto por mi voluntad.

A esas plumas se accedía desde la ventana en el primer piso. Subí con un candil y calenté la masa espesa.

No pienses que iba a quedarme esperando a que abrieras mi puerta a la muerte. Y menos a que la abrieras tú. Y menos por ser tú.

Parte del producto cayó licuado al suelo y pude separarlo todo de mi casa. Lo recogí en una bola y rasqué la escoria sellada en la calle. Tuve gran aversión a tocar aquello, como a tocar la ropa de un muerto, como a una infección, asco y miedo. Pero vencí a todo eso, actuaba pensando poco, movido por la rabia y reconozco que lloraba cuando me subí a la higuera de la casa de Marieta. Estaba muy nervioso, no sabía si todo eso serviría para algo o ya había leído la sentencia de muerte de mi familia. Aun así hice dos viajes al árbol, tan alto como me fue posible, y preparé la operación. Primero con la amorfa pelota negra, después con el candil. Una vez en lo alto calenté el preparado para que se reblandeciera un poco sin llegar a derretirlo, después lo lancé. No sé qué idea ladina animó entonces mi ingenio, y calculé no estamparla en la fachada de la bruja para que no la viera y la lavase. Tracé un lanzamiento parabólico y la deposité sobre el tejado de forma que no descubrieran nunca lo que había hecho.

La resolución de lo acontecido se puede imaginar, no quisiera tener que contarlo. Ya no quiero recordar más. Ciertamente todas mis preguntas no obtuvieron respuesta pero no debe pesar sobre mí la responsabilidad de lo ocurrido. Creo que actué como debía y si no es así no es por mi culpa. Todo fue por ti, lo merecías por buscarme, por atormentarme, por darme tanto miedo. Quizá yo no tuve nada que ver, no lo sé. Ahora lo cuento todo para que se sepa que yo no soy malo, pero te lo volvería a hacer, y peor si pudiera, maldita, viniste del infierno del que nunca debiste salir, es solo justicia. Yo no... La conciencia pesa solo a quien la tiene y eso no es justicia porque, en consecuencia, aprieta más a quien menos lo merece. Pero si lo peor es la duda, si el seso reitera y el pesar ha muerto, ¿por qué la duda?